

SERMON
DE SAN AGUSTIN

In admirat Dominum Jesum Christum.
"Revestido de nuestro Señor Jesucristo."
EPISTOLA de San Pablo á los
Romanos. CAP. XIII. v. 14.

Aquel Dios grande, poderoso y terrible, que crió al hombre de la tierra y lo hizo segun su imágen, lo vistió tambien, en expresion del Eclesiástico, de la virtud propia de su ser. No contento con derramar generosamente los inestimables dones de la naturaleza, siempre ha cubierto y engalanado á los buenos con los preciosos adornos del deleite y la alegría, de la hermosura y del honor, de la gloria y majestad. "Te juré mi proteccion, dijo por boca de Ezequiel á Jerusalem: Te vestí con ropas bordadas de diversos colores y calzado magnífico: Te cení con lino fino y te cubrí con manto finísimo." Por el contrario, el pecador siempre ingrato, ha trocado las vestiduras blancas de la inocencia por el grosero saco de la inmundicia; se ha desnudado del hombre nuevo, para tomar la forma primera del hombre viejo. ¡Desgraciados!

¿Queréis todavía lavaros y ejercer las obras de la luz? Seguid, pues, las exhortaciones del Apóstol, revestíos de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesumchristum.*

Eterno monumento de esta verdad es el gran Padre San Agustín, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia con noble entusiasmo y santo celo. No pretendo dilatar mucho tiempo en presentar á vuestros ojos el contraste que ya se deja ver en un errante iluminado, en un pecador arrepentido, en el antiguo Agustín mudado en nuevo. Los dichosos momentos de su milagrosa conversión en que la gracia lo dispuso para la verdadera sabiduría, la dignidad sacerdotal y perfección de la vida, mas me interesan. Así es, que estimulado vivamente por las virtudes y buenas obras de tantos justos que poblaban los desiertos: “¿Qué es esto! exclama, dirigiéndose á su amigo Alipio, ¿en qué pensamos! ¡Los ignorantes nos arrebatan el cielo, y nosotros insensatos, con todas nuestras ciencias abismados en la carne y la sangre! Qué, ¿porque ellos han tomado la delantera, tendríamos vergüenza de seguirlos! No, mas vergonzoso será no ir en su seguimiento.” Al punto camina precipitadamente hácia el fondo de un jardín, donde comienza á desahogar su dolor con gritos y gemidos: se recuesta en seguida debajo de una higuera y derrama un torrente de lágrimas: poco despues oye la voz como de un niño, que cantaba: “Toma y lee: toma y lee:” se levanta, vuelve al lugar en que estaba Alipio, y abre las Epístolas de San Pablo. ¡Oh feliz Agustín! el primer lugar que se presenta á tu vista son las palabras no menos de tu conversión que de tu elogio: Revestíos de nuestro Señor Jesucristo.

Aunque todos hemos recibido de la plenitud de Jesucristo, hay en los justos, y mucho mas en los Santos, un carácter singular que los distingue de los demas. Yo juzgo que el de Agustín, trasformado por la gracia, es el buen olor de sus vestidos. Por lo cual, no temo poner en boca de su piadosa madre, cuando lo vió levantado cual columna firme de la Iglesia, estas tiernas y cariñosas expresiones con que antes de morir bendijo Isaac á Jacob: “El olor que exhala mi hijo, es semejante á un campo lleno de flores, que el Señor ha colmado de sus bendiciones.” Sí, vestirse de Jesucristo, segun la propia inteligencia de mi tema, es imitar sus virtudes y toda su vida perfectísima. Pues bien, dado el caso de que mi débil lengua pudiese publicar, que nuestro Santo lo siguió de un modo sublime, le veriais con las insignias del Salvador, y juntamente lograria el fin de mis deseos. Hé aquí la idea general de que partirá mi discurso. Para promoverla con acierto, ayudadme á saludar con el Angel á la Madre de la divina gracia. Ave María.

“Revestíos de nuestro Señor Jesucristo.”
EPÍSTOLA de San Pablo á los Romanos. Cap. v. citados.

Tres cosas se guardaban en la Arca del Testamento, sobre la tabla llamada propiciatorio; las tablas de la Ley, la vara floreciente de Aaron y la urnita del maná. El propiciatorio figuraba á Jesucristo, como dice el Angélico Doctor: las tablas le significaban como Legislador, la vara como eterno Sacerdote, y el maná representaba la plenitud de su Divinidad y de su Santidad. Hoy que á la sombra se sustituyó

la luz, y al símbolo el prototipo, comunica el mismo Legislador á los hombres, segun su beneplácito, la virtud de la sabiduría y de la ciencia de las cosas divinas, confiere como Sacerdote á los hombres una potestad espiritual y les imprime un carácter indeleble; y en fin, como Dios, y como el Santo de los santos, alimenta las almas con el maná de todas las virtudes. Ademas, así como los Israelitas gustaron en el desierto de este sabroso y raro manjar, así la soledad ó el retiro es á propósito para la perfeccion de la vida. Supuestos estos principios, ya no me será difícil delinear el retrato del grande Agustin, vestido de todo Jesucristo: Lo primero: como un insigne Doctor: Lo segundo: como un Obispo ejemplar: Lo tercero: como un Patriarca de Regulares. *Induimini Dominum Jesumchristum.*

PRIMERA PARTE

Un Doctor de la Iglesia está obligado á tener instruccion, así en los misterios de la fe, como en los principios de la moral cristiana; este debe ser el único objeto de sus cuidados, de sus trabajos y de sus triunfos. Pero yo, señores, me hallo como dudoso para tirar los primeros trazos en el lienzo de mi desaliñado razonamiento. Si considero á un hombre, que combatido por los errores, apenas tenia idea de Dios, sus propios extravíos me conducen á representárosle como un sol, que de la noche á la mañana, merced á la gracia, ilumina por todas partes. Con todo eso,

no me parece bien traer á colacion sus defectos, dilatándome mucho en ellos, ya que reclaman imperiosamente nuestra atencion sus heróicas acciones. Si levanto los ojos para ver sus rayos lucidísimos, confieso ingenuamente que me deslumbran y que casi casi me obligan á cerrarlos. En medio, pues, de tan vasta y de tan profunda materia, elegiré indicaros algunas breves reflexiones en elogio de nuestro Santo, valiéndome de la paráfrasis de las formas con que él mismo ha dado á conocer á la verdad: "Siempre brilla en el orbe cristiano, dice, siempre agrada, siempre mueve."

Me confundo al leer en las páginas de la historia de tan ilustre Doctor, cómo en los primeros años de la puericia aprendió las siete artes liberales, sin necesitar de las lecciones que le diese algun maestro. Con igual suceso entendió los libros de Aristóteles al cumplir los cuatro lustros de su edad, y se hizo en el justo aprecio de los sabios, tan perfecto orador como filósofo. Pero, ¡oh desgracia lamentable! entregado á sí mismo este astro luminoso, va á eclipsarse bajo las densas sombras de Epicuro y de Maniquico. En adelante, solo intenta arrancar con todas sus fuerzas el sagrado depósito de la fe de los corazones de todos los católicos. La agudeza de sus sofismas es insufrible, la Iglesia se alarma en contra de su doctrina, y el celoso Obispo de Milan manda añadir en las letanías estas palabras: *A logica Augustini, libera nos Domine.*

¡Mundo falaz! hasta aquí tuviste la presuncion de admirar al genio de Tagaste como maestro del error, ya le verás, aunque á tu pesar, como columna de la

verdad. ¿Quién creería, señores, que un solo hombre escribiera con aplauso del cristianismo, noventa y tres obras perfectas, en doscientos treinta y dos volúmenes, sin contar muchos sermones y cartas muy importantes! "Tantas son, según el Beato Tomás de Valencia, que apenas se pueden leer, tan diversas que parecen ser formadas con mayor motivo por muchos, que por uno." En efecto, mas por otra parte, ¿qué elogios no deberán tributar los siglos al incomparable Doctor, cuya pluma abraza toda la doctrina católica! ¡Oh! él fué sin duda el primero que entendió las profecías anagómicamente, abrió el Libro cerrado con siete sellos y descubrió los misterios. La Ley y el Evangelio, Jesucristo y su Iglesia, la gracia y el pecado, el dogma todo y la moral; he aquí los puntos universalísimos de que se ocuparon sus sábias discusiones. De este canal de aguas vivas bebió el afectuoso San Bernardo, el insigne Maestro Santo Tomás de Aquino, el sutil Escoto, el Seráfico Padre San Buenaventura y todos los demas Doctores. De aquí nacieron los filósofos, los oradores y los teólogos. Con este apoyo se fijaron las determinaciones de los Concilios y los decretos de los Sumos Pontífices. "Capaz por sí solo, como decía San Gerónimo, de exterminar la herejía, dispersó por toda la Africa á los Arrianos, impugnó á los Marcionitas, destruyó á los Maniqueos, minoró á los Donatistas, confundió á los Pelagianos." Pero basta ya de amontonar pruebas en una verdad tan clara, y examinemos el modo de producir sus pensamientos.

Como que las Sagradas Escrituras nos presentan los ejemplos mas enérgicos del sublime, así por la

grandeza de Dios é incomprendibilidad de sus atributos, como porque todas sus descripciones son admirablemente nobles; se eleva el ánimo y entra en una especie de entusiasmo muy agradable. De aquí es, que cuanto en unas partes arrebató su lectura, excita en otras las delicadas fibras del gusto con multiplicados y suaves incentivos. En vista de esto, ¿qué encomios merecerá el universal Comentador del antiguo y nuevo Testamento! ¡Ah! El se apropió la ciencia de Moisés, la ilustracion de los Macabeos, el espíritu del gran David, el celo ardiente de Elías, la prevision de los Profetas y la erudicion de los Apóstoles. Los nombres inmortales con que la gratitud ha honrado su memoria, son otros tantos gloriosos testimonios del aprecio que se debe á sus escritos. San Bernardo le llama, la lengua de la Iglesia; Posidonio, el hombre celestial; otros, el Pablo del V siglo. La misma Iglesia, "luz de los Doctores, firmeza de la Iglesia, martillo de los herejes, vaso insigne de sabiduría." Con razon, porque es comparado á la águila, en la exposicion de los Divinos Libros por el sentido anagógico que embelesa. Así lo reconoció San Gregorio en una respuesta al prefecto de Africa, con ocasion de que le pedia interpretaciones sobre Job. "Si deseais, le escribe, saciaros con un delicioso pábulo, leed las obras de vuestro compatriota Agustin." No puede, pues, dudarse de los encantos de su doctrina; mas si hace tomar interes al corazon, tambien lo mueve.

Para expresar de algun modo la fuerza y union de sus producciones, ¡oh y cuánto celebrara yo, arder en el fuego de que él mismo estaba abrasado! Sin em-

bargo, hablarán por mí estas palabras de que usó el citado Obispo de Valencia: "su lengua lo manifiesta como es, su escritura es el espectáculo de él mismo." Sí, su escritura es la imagen verdadera del que repitió muchas veces: "Entre los brazos de mi Salvador quiero vivir y deseo morir." Pintémosle aún por una digresion conexas al objeto de esta prueba, confundiendo de viva voz á los herejes. Vengan los principales discípulos de Manes á disputar ante la antorcha encendida de la verdad. Cual ligera sombra desaparecerá el orgullo de Fortunato, como exhalacion que poco dura, así se apagará Fausto, y en medio de tanta luz se convertirá el dichoso Félix. Asistan en hora buena á la famosa conferencia de Cartago hasta trescientos obispos Donatistas, sus esfuerzos serán inútiles. Comienza á argüir Agustin, trescientos obispos Católicos le encargan la causa de la fe, y una multitud de extraviados se convierte. ¡Qué triunfo!

Mas, ¿por qué me remonto yo á aquellos antiguos dias, si aun subsiste hoy la mocion de sus discursos! ¡Ah! todavía predica en el púlpito, ilumina en el confesionario, dirige la vida de los justos, decide en casos dificultosos de la conciencia y alienta á los pecadores. ¡Qué lástima que no me permita el tiempo extenderme mas sobre estos particulares! No siéndome, pues, posible, me contento con haberos mostrado la excelencia de su doctrina, por su brillo, por su agrado y por su fruto. Voy ahora á admirarle con el carácter y oficio sacerdotal.

SEGUNDA PARTE

No es el honor del obispado lo que precisamente constituye á un Apóstol, el exacto desempeño de sus deberes esto sí que lo engrandece y trasmite á la posteridad su memoria. Las muchas cualidades que exige de él y numera San Pablo, se contienen y se deducen de este exordio: "El que desea el Obispado una buena obra desea." De aquí interpreta y concluye San Gerónimo: "Desea la obra, no la dignidad, el trabajo, no las delicias." Fácil era conocer á Agustin como ejemplo de Prelados, discurriendo por cada uno de los apreciables rasgos descritos por el mismo Apóstol, y que no refiero por no dilatarme; pero semejante narracion, al paso que ocuparia mucho espacio de tiempo, traspasaria los límites de un discurso. Mejor, pues, reduciré mis ideas á determinados puntos, valiéndome de estas otras palabras suyas, con que exhorta á Tito, Obispo de Creta: "Preséntate tú mismo, dice, como modelo de buenas obras en todas las cosas en doctrina, en integridad, en gravedad." Así es, que dos excelencias que tambien explicó nuestro Santo, pide con instancia de un Pontífice cristiano en la persona de Tito: "Una es la sana doctrina divulgada en la predicacion del Evangelio, y otra es el ejemplo de las virtudes con que inflame á los demas para imitarle.

Ya me parece que veo á Agustin presentarse ante el Obispo Valerio, en medio del afortunado pueblo de Hipona. ¡Oh qué sorpresa! ¡qué diversidad de sentimientos! La grey le ruega con ansia que lo ordene, el humilde electo alega mil excusas: ella lo aclama, él da sollozos: todos se alegran, él solo llora. Entre tanto, no pudiendo resistirse mas accede y recibe los órdenes sagrados. Ministros del Altísimo, seguidle desde aquí hasta el retiro, donde para abrirse entrada en el Santuario, se prepara con la oracion y penitencia. Aunque ha de tardar allí el tiempo conveniente, cuando sea fortalecido como el Bautista, entonces subirá al púlpito. En efecto, sus sermones produjeron los felicisimos resultados que se esperaban, así de su grande elocuencia como principalmente de su celo por la gloria de Dios y bien de las almas. Con una de sus manos sembró cual diestro labrador la semilla de la fe y de la virtud, y con ambas arrancó algunos abusos escandalosos de aquella Iglesia, no obstante que habian profundizado sus raices. Sublime sin vanidad, natural sin bajeza y nervioso sin el auxilio del arte, representaba en un todo el modelo de Abacuc. Pero mientras que su nombre de dia en dia se hacia mas célebre en toda la Africa, imposibilitaba al Pastor su avanzada edad. En tales circunstancias fué consagrado Obispo, para servirle de coadjutor en aquella Diócesis, y al cabo de un año, por muerte de Valerio, quedó revestido con toda la autoridad episcopal. Aunque se quejaba al cielo como Jeremías, de cargar un excesivo peso á sus fuerzas, trabajó constantemente con mas celo y eficacia que antes. A su palabra cambiaban las costumbres y todo mu-

daba de aspecto: se miraba á sí misma Hipona y no se conocia.

¡Y pensais acaso, señores, que solo se contentó con apacentar á su rebaño! No por cierto. Las demas Iglesias de la provincia de Numidia son testigos de que oyeron la verdad por el eco de su voz. Tambien vosotros, ¡oh púlpitos del vasto Arzobispado de Cartago! fuisteis teatros sucesivos donde despertó á los pueblos y detuvo los progresos del error. ¡Qué mucho, cuando no podia saberse si era mayor el deseo de los Obispos ortodoxos, para que predicase á sus ovejas ó para contarse entre sus discípulos! El caso es, que llegó al punto de ser respetado como padre de los fieles, pastor vigilante y oráculo de la Iglesia universal. Mas si llevaba la luz del Evangelio por todas partes, no menos defendia la Religion cristiana con sus discursos que con sus raros ejemplos.

Figurto por un momento, que á la molestia de habitar aquel país ardiente, se agregaba la inhumanidad de los Circunceliones. ¡Oh! estos eran unos hombres muy feroces, acostumbados á sacrificar á sus semejantes y á tenerse las manos con su sangre. Agustin les oponia una conducta llena de dulzura, y los atraia como David á su amistad y union: intercedió muchas veces por ellos ante los emperadores, con el fin de que mitigasen el rigor de sus penas, y anheló por su salvacion. ¡Aun quereis ver, ¡oh devotos admiradores del Santo Obispo de Hipona! en su persona, para formaros una idea general de sus sanas costumbres, el diseño con que dibujó San Bernardo á un Prelado? Pues era justamente un Juan ante los reyes, un Moisés para los Egipcios, un Finéas para

los lascivos, un Elías para los idólatras, un Eliseo para los avarientos, un Pedro para los mentirosos, un Pablo para los blasfemos, un Cristo para los negociantes. Inagotable en su caridad, solitario por gusto.... ¡Pero qué es lo que hago yo! ¡Ah! se me olvidaba, que he prometido tratar por separado del complemento de sus virtudes.

TERCERA PARTE

Sin duda que en la vida del siglo es mas difícil cumplir con los preceptos del Evangelio que en el estado de religioso: aquí se rompen los vínculos con que aquella liga fuertemente al hombre. Ademas de esto, tiene un grande y singular mérito, segun las palabras de un sabio, el que no solamente se guarda limpio, sino que tambien procura que los demas no se manchen. Por lo cual, la gloria del que cria discípulos que lo imiten, es parecida á la de Moisés, á quien intimó el Señor este mandato: "Reune para mí setenta varones de los ancianos de Israel, que juntamente sean ancianos del pueblo y maestros. Los llevarás á la puerta del Tabernáculo de la alianza, harás que allí estén contigo para que yo descienda, tome de tu espíritu y les dé á ellos, y sustenten contigo la carga del pueblo." ¡Y abrazar la regla de San Agustín, no es lo mismo que recibir de su alma ó de su espíritu! Ciertamente. *Auferamque de spiritu tuo, tradamque eis.* Pues hé aquí los últimos lineamentos

que faltan á la pintura de nuestro Santo, esto es, los de Monje y de Legislador.

Desde que la gracia tocó eficazmente á Agustín, dió de mano á todas las esperanzas del mundo, y corrió á buscar la paz en la soledad. Se apartó de esta patria inferior y terrena como Abraham, para ir á aquella superior y celestial. Huyó como Lot, y no volvió la cara hácia atrás; porque, "no son aptos para el reino de Dios, los que con la mano puesta en el arado toman la cabeza á mirar por las espaldas." Partió como Jacob, y solo descansó en aquel lugar donde vió las escalas por las que se sube al cielo. Yo intentaba, señores, haceros observar el principio de su fervor en un retiro, poco distante de Milan; despues queria llevaros á otro cerca de Cartago, y de allí á su misma casa episcopal. Mas en una materia tan copiosa, con decir, en sentencia del Angel de la escuela, que siempre debe tender la vida monástica á perfeccionar la caridad; si os le represento encendido en ella, habré compendiado sus virtudes. Así es; ¡pero qué otro mas bien que él pudiera explicar aquel amor con que se unió á Dios y le atravesaba el corazon! *Sagittaveras cor meum charitate tua.* ¡Quién como él dejó escritos á la posteridad sus pecados en los trece Libros de sus confesiones! ¡Ah! El mismo se acusa, y no se excusa, él mismo se arrepiente, y no miente. ¡Se encontrará mayor humildad que la que publica á los hombres todas las maldades de un hombre! Si le hubiera sido permitido que fueran todos sus huesos lámparas de oro, y su sangre bálsamo que ardiera en ellas; así queria consumirse en holocausto á Jesucristo. Inflamado al mismo tiempo de celo divino

por el prójimo, esparcía brasas al modo de Ezequiel sobre la ciudad: descaba como San Pablo, hacerse anatema por sus hermanos, y muchas veces aseguró en el púlpito, que no quería salvarse sin sus oyentes: *Nolo salvus esse sine vobis.*

¡Gran Dios! justo es que el nuevo Gedeon acaudille soldados dignos de pelear con él: soldados, digo, cuya divisa sea su sábia regla, y en vez de espada usen decisivamente de su lengua. Sí, los dos órdenes religiosos que fundó nuestro Héroe, el de Canónigos regulares y el de Monjes ó ermitaños, siempre harán honor á la Iglesia Católica, y encarecerán el mérito de su admirable Patriarca. No menos ensalzarán su gloria cincuenta y dos Congregaciones diferentes nacidas de ellos, que se han santificado bajo sus mismas leyes en todo el orbe, y de cuyo seno han partido innumerables discípulos suyos para el cielo. En prueba de ello, deseara hablaros de la humildad de un San Guillermo, duque de Aquitania, del excesivo ardor y liberalidad de un Santo Tomás de Villanueva, de la inaudita penitencia de un San Nicolás de Tolentino, de la sabiduría y santidad de los Gerardos, Juanes, Otones, Albertos, Beltrançes y otros muchos. Pero como ya mi discurso se adelanta al fin, no olvidaré á tantas generosas personas del sexo débil, que como milagros de honestidad y mártires de mortificación, han militado bajo de sus banderas. Las Verónicas de Binasco, Julias de Certaldo, Catarinas, Ritas de Casia, Lucías Amerinas, Julianas de Busto, Claras de Monte Falco y otras mil, hacen las margaritas preciosas que adornan su cabeza en premio de sus sábias instituciones y del poderoso atractivo de

su ejemplo. Aun los días presentes no desmentirán á los pretéritos, y los siglos mas remotos darán á conocer al Padre en sus hijos.

Traigamos ahora á la memoria, que San Agustín tomó de Jesucristo vestidos lucidos y de gusto, por parte de la sabiduría: vestiduras sacerdotales como las de Aaron, una túnica blanca de lino de fondo y otra encima de color de jacinto, con muchas campanitas de oro en su orla, para que las buenas obras del Sacerdote, como dice San Gregorio, publiquen á voces el camino de la vida con el sonido de la lengua: vestidos pobres y toscos de un solitario, pero bordados con el oro y plata de todas las virtudes. Así lo reconoceremos y admiraremos revestido del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios. *Induimini Dominum Jesumchristum.*

Quiera el Señor que renazca entre nosotros su caridad, de cuyas llamas fué víctima en el asedio de Hipona. Imiten los sabios la pureza de su doctrina, los sacerdotes su vigilancia, los religiosos su perfeccion, y todos los fieles de cualquier estado que sean, su fé y piedad. Caminemos al buen olor de sus virtudes, que aunque glorioso en los cielos, no se ha desprendido de su afecto ardoroso hácia los cristianos. Confíemos como él, no en nuestros esfuerzos sino en el brazo del Señor. Pidamos á Dios por su intercesion, que nos conceda como á él el don de lágrimas para llorar amargamente nuestras culpas. Supliquémosle por los merecimientos de tan grande Santo, á favor de la Iglesia nuestra Madre, ilustrada con sus inmortales escritos y edificada con sus buenas obras. Triunfe la Religion en nuestros días así como la hizo

triunfar en los suyos tan recomendable Apóstol.*
Reine en nuestros corazones la gracia, de la que fué
él prodigio, para que consigamos ser participantes de
la corona que ciñe sus sienes en el cielo.

Así SEA.

* Este discurso fué predicado en la Iglesia de Religiosos Agustinos en un día designado para la fiesta del Santo Patriarca, y en presencia del Illmo. Sr. Obispo Diocesano, Dr. D. Antonio Mantecon, que cantó la misa.

SERMON

DE

SAN COSME Y SAN DAMIAN

Disciplina medici exaltabit caput
illius, et in compecta magnato-
rum collaudabitur.

"La ciencia del médico le elevará
al honor, y será alabada delante
de los grandes."

Libro del Eclesiástico.
Cap. XXXVIII, v. 3.

El hombre en el estado de la inocencia tenía preparado por Dios en el Arbol de la vida, un preservativo seguro contra la muerte: su fruto vivificador y singular debía conservarle en una juventud y vigor perpetuo; mas por una criminal desobediencia á las órdenes de su Criador, fué arrojado del paraíso terrenal ó amensísimo jardín de Eden, y quedó sujeto con toda su posteridad á las enfermedades y á la muerte. De aquí nació la triste y dura necesidad de combatir las dolencias, y este combate puede llamarse la medicina natural practicada en todos los siglos y por todos los pueblos. El Altísimo, como que es el Autor de la naturaleza, y como dice Jesus hijo de Sirác, "ha producido de la tierra todos los medicamentos," es el primer Médico. Así es, que muchas veces

cura por sí mismo, y otras muchas por ministerio de los hombres. ¡Qué cosa mas admirable que mitigar los crueles dolores de las enfermedades, y restablecer las fuerzas del enfermo! ¡Qué cosa mas grande que detener el alma en el cuerpo, y casi levantar al mismo cuerpo del sepulcro! ¡Oh ciencia nobilísima! con razon el Libro del Eclesiástico no omitió los encomios que mereces y de que son dignos tambien tus amantes profesores. *Disciplina medici exaltabit caput illius, et in compectu magnatorum collaudabitur.*

Para elogiar á los dos célebres y nunca bien ponderados hermanos, San Cosme y San Damian, como á unos sabios naturalistas ó como á unos médicos famosos, bastaria compararlos con Hermes y Esculapio entre los Egipcios, con Cadmo entre los Fenicios, con Quiron entre los Griegos, con Hipócrates, Galeno y otros muchos. Mas para formar el panegírico de dos ilustres cristianos, que estudiando los males del cuerpo se aficionan de las almas, y se hacen respetar en la Iglesia por sus virtudes y actos de acendrada caridad, como insignes héroes de nuestra santa Religion; seria mejor preferir el acatamiento y el silencio, á no estar uno obligado al desempeño del encargo que se le ha confiado. Los presentaré, pues, á vuestra vista, como que verdaderamente han tenido parte en los conocimientos naturales de Adan y de Moisés; en la Medicina de Dios, con que se nombra á San Rafael Arcángel, y en aquella portentosa que ejercitaron los Profetas, los Apóstoles y el mismo Jesucristo.

Indaguemos ahora, cuanto sea permitido al hombre, el punto esencial del mérito de estos Santos, quienes reclaman no solamente un homenaje político ó civil,

sino tambien un honor religioso. Aparece desde luego, que el carácter que los distingue no es otro que una ciencia médica, no tanto natural como divina. Esta fué por cierto la fuente de donde nacieron las aguas de su gracia, de su bondad, de su precioso tránsito y de su gloria. Oiga el Señor nuestros ruegos para comunicarme las luces, que al efecto se me hacen precisas por intercesion de la Soberana Reina de los Mártires. Ave Maria.

“La ciencia del médico le elevará al honor, y será alabada delante de los grandes.”

Libro del Eclesiástico.
Cap. y vers. citados.

Yo me hallo en alguna manera indeciso respecto á los rasgos principales con que deba continuar el diseño de los dos Santos hermanos médicos y mártires. Confieso ingenuamente, que lejos de tratar de un modo correspondiente un asunto tan sublime, mis débiles pensamientos y mis toseas expresiones empañarán sus alabanzas. Mas supuesto que algo he de hacer, ¡diré, que llegaron hasta la dignidad y altura de un San Lúcas Evangelista y médico de profesion! No; pero sí imitaron su ciencia, su apostolado y su vida ejemplar. ¡Los pondré en parangon con otros hombres resplandecientes en la misma facultad, como con un San Blas Obispo y Mártir en Sebaste, con un San Zenobio Obispo en Ciricia, y con un San Sidonio, presbítero en Sidonia de la Fenicia! No; mas aunque no obtuvieron el carácter sacerdotal y la prelación en la Iglesia, brillaron como ellos por su caridad, por su desinterés y por su celo. ¡Correrán parejas con

los Ciro, Urticinos, Pantaleones, Juanes, Códrotos, Alejandro, Antiochos, Ravenos, Rasifos, Diómedes, Avestes, Liberatos, Emilianos y otros muchos Santos Confesores, Médicos y Mártires? ¡Ah! las diversas perfecciones distribuidas en todos estos, se han reunido en los dos bienaventurados hermanos de la Arabia, hasta elevarlos á patronos de la medicina. Sí, ellos no son comparables mas que á sí mismos. ¡Y dónde encontraré una idea complexa, y al propio tiempo anexa á este arte celestial, para distinguir las cualidades características de San Cosme y San Damian! ¡Oh! En el Evangelio consta un pasaje que me suministra al propósito las instrucciones convenientes. Muy próximo á morir nuestro Señor Jesus, y despues de haber predicho á sus discípulos las sangrientas persecuciones que les amenazaban, los exhortó aun á vender su túnica por comprar espada. San Ambrosio advierte, " que esta espada es la palabra de Dios que ilumina y penetra el interior del alma, y es tambien la espada de la pasion con que se consigue la corona del martirio." Ha de ser sin duda aquella espada de dos filos de que habla San Pablo á los Hebreos, y que vió San Juan Evangelista en la boca del Cordero. Armados con ella nuestros Santos, hieren y convierten las almas, y como intrépidos soldados vencen en la gran batalla, sobreponiéndose á los tormentos y á la misma muerte. Voy á explicarme con mayor claridad: Los dos Santos médicos convirtieron su profesion en Apostolado: Punto primero: Son unos insignes Mártires: Punto segundo.

PRIMERA PARTE

Jesucristo es el origen de la divina mision, porque vino al mundo como Legado de su Eterno Padre, para obrar nuestra salud. Los Apóstoles recibieron tambien de su mano este poder que los ensalzó al mas alto punto de honor y de santidad: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* Por ellos se comunicó despues á los demas Pastores, Sacerdotes y Predicadores; pero con esta diferencia, que los primeros Ministros fueron enviados inmediatos para anunciar el Evangelio sobre toda la tierra, y confirmarlo con los milagros, siendo así que los segundos, aunque han tenido y conservan legítima la potestad espiritual, no se les ha conferido en toda su plenitud. ¡Y qué no podré asegurar que San Cosme y San Damian, destinados especialmente por Dios como Apóstoles, se hicieron unas antorchas bastante luminosas para convertir á los infieles! ¡Ah! Descorramos las velas del discurso y nos convenceremos de esta irrecusable verdad.

Quando la Arabia se hallaba sepultada entre las mas densas tinieblas de la ignorancia y del error, y ofrecia sus vanos incienso á los dioses de barro y de metal, comenzó á rayar una luz en su horizonte, cual preludio del claro dia que iba á relucir: era, señores, el nacimiento de San Cosme y San Damian, que anunciaba como la aurora, la suerte feliz de su na-

cion. Cristianos desde su infancia y educados con el sumo cuidado é incansables desvelos de su piadosa madre Teóclota, emprendieron de acuerdo la carrera de los estudios: pasaron á la Siria á aprender la medicina, y como fuesen de ingenios perspicaces ó sobresalientes, hicieron en ella muy rápidos progresos: allí adquirieron un fondo de conocimientos sobre la composicion y estructura del cuerpo humano, y sobre los diferentes oficios de cada uno de sus miembros: reconocieron los diversos estados de la sangre y de los humores viciados, que dominan en las enfermedades: el número de éstas, sus complicaciones y síntomas, y los influjos particulares que ejercen sobre los hombres los astros en ciertos y determinados tiempos. No los moverá solamente el loable deseo de hacerse útiles y benéficos en el ejercicio de esta facultad á sus semejantes; no, una caridad altamente cristiana y un celo verdaderamente apostólico, les inspira este medio como muy á propósito para destruir la idolatría de su país y perfeccionarse aun mas en la virtud. El Omnipotente confirmará sus santas resoluciones, y como sabe distribuir dones de gracia á sus escogidos, los dotará tambien con una ciencia infusa. Los operarios han recibido sus talentos, breve verá el mundo sus conquistas.

Fieles imitadores de Jesucristo, que vino á sanar á todo el hombre: *Totum hominem saluum fecit*: dueños de la medicina de Dios, segun Santo Tomás de Villanueva, comienzan sus gloriosas empresas: las primeras curaciones que hicieron fueron milagrosas, y les adquirieron tanta reputacion de sabios y de santos, que aun los mismos gentiles los respetaban. Con

ocasion tan oportuna y con aquel doble objeto de dar á los enfermos la salud espiritual y temporal, no solo les aplican la resina eficazísima de Galaad, la mirra, la goma y el incienso de la Arabia, sino tambien el bálsamo aromático y preciosísimo de la gracia. Ora les proponen y explican los misterios mas sublimes de la fe: ora les enseñan los preceptos y máximas elevadas de la mas sana moral. A todos persuaden sin pérdida de tiempo, á adorar á un Dios verdadero, que es el Autor de la vida, y á detestar los ídolos; á abrazar la virtud, aborrecer el vicio, y amar á Jesucristo. ¡No son estos los Simones Pedros, los Jaimes, los Mateos y los Pablos de la Arabia? ¡Ah! Si no lograron extinguir el culto pagano en su suelo patrio, á lo menos extendieron prodigiosamente la Religion del Crucificado, por todas las inmediaciones de Egea.

Pero, ¡oh Dios mio! todas estas maravillosas mudanzas del corazon requerian la cualidad de un Santo, como repetiré, que ellos eran en efecto Santos. Porque ¿de qué aprovecharian á estos hermanos los copiosos caudales solos de conocimientos sobre la medicina y toda la terapéutica! Sin caridad, dice San Pablo, somos como el sonido de una campana, y nada mas: al conjunto de luces así infusas como naturalmente adquiridas, reunieron, pues, un fervoroso amor y un noble desinteres. Jamas recibieron de los enfermos lucro alguno, y por esta causa les llamaban *anargyros* ó sin dinero. Este abandono con que miraron las riquezas, y su caridad cristiana, así los ha elogiado el esclarecido Jorge, metropolitano de Nicomedia: "Del desprecio del dinero nacieron los nobles ramos de la pobreza, un tenor angélico de vida,

una pureza brillante de intencion, una castidad olorosa con los unguentos de santidad, una humildad á quien hacia mas sobresaliente la modestia, una inagotable fuente de misericordia; finalmente, la caridad que como rio caudaloso se extendia por todos los estados y condiciones de las personas de su pueblo." No pretendo, al referir su generosidad, disputar á los médicos un estipendio, que supone el Exodo, se les debe de justicia, de ninguna manera: solo quiero que eleveis vuestros ojos á la excelencia de las virtudes de estos Santos, y para que mas resplandezcan, decidme: ¿Se contentarian con prodigar á sus convivientes estos únicos favores? ¿No es verdad que á ellos ocurrían los enfermos como á la Piscina? ¿Oh! Semejantes á Jesucristo, "de quien salía una virtud que todo lo sanaba," curaban con tierno afecto y con asombro las dolencias de sus hermanos; especialmente el jóven desgraciado, la viuda olvidada y el miserable que aun no tenia remedio, eran los mas importantes objetos de su ardiente compasion. ¿No es cierto que casi hacían renacer á la vida cadáveres espantosos, sobre quienes se difundía un sudor de muerte....? Gentiles de toda la Arabia, reconoced á estos grandes Tobías que derraman el bien entre vosotros. Hospitales de Egea, abrid vuestras puertas á los Médicos divinos que corren presurosos á llorar sobre los lechos del dolor. Vosotros seréis testigos, que al febricitante calman sus ardores: que el ciego ve, el cojo anda, el mudo habla, y que una multitud innumerable consigue su completa salud.

Estos son, os diré con el Eclesiástico, "los varones de misericordia cuyas piedades no han faltado." ¡Di-

chosa la tierra que produjo de su seno estas dos fértiles plantas que se cargaron de tantos y tan sazonados frutos! La Arabia fué en realidad, y aun en cierto modo, todo el mundo, los que recogieron la abundante cosecha. Pero si la ciudad de Egea tiene la honra de haber sido la cuna de San Cosme y San Damian, ella será tambien el teatro de su gloria.

SEGUNDA PARTE

En todos los tiempos ha habido mártires, no tanto por sus padecimientos como por la causa que defendieron. "La pena no hace al mártir, dice San Agustín, sino la causa." Esta es de tres maneras; la primera, defender la fe, la segunda, hacer cualquiera bien por Cristo, y la tercera, evitar cualquiera mal por Dios. Así es, que en el estado de la Ley natural, Abel recibe la muerte por practicar la virtud: en el estado de la Ley escrita, Elías se fuga, Isafas es dividido, Jeremías apedreado, Zacarías es despedazado entre el templo y el altar, y el Bautista degollado por el incesto de Herodes. En la Ley nueva, despues del Sacrificio del Calvario, comenzaron los campeones cristianos á morir por Cristo y por su fe, "Vosotros, dijo el Salvador á sus Apóstoles, me seréis testigos en Jerusalem, y hasta en las mas remotas estremidades de la tierra." Estas palabras comprenden no solo á los primeros discípulos, sino tambien á todos cuantos siguiesen sus huellas y pusiesen su vida en comprobacion del sagrado dogma y de la moral Evangélica.

Del número de estos gloriosos atletas que se bañaron en su sangre purificada con la del Cordero, fueron San Cosme y San Damian: no me atreveré á colocarlos entre los primeros de este ilustre coro: pero tampoco será bien que se les ponga entre los últimos: para manifestarlo no me serviré de principios muy altos, las mismas Actas de su martirio prestarán las pruebas: dispensadme vuestra atencion.

Promulgados contra el cristianismo los tremendos edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano, se hicieron escuchar por toda la Arabia: ¡ Creeriais, señores, que cuando ni los lugares mas públicos, ni los mas escondidos entre las montañas escabrosas y riscos muy elevados, se hallaban libres de la inquisicion y furor de los perseguidores, estarian seguros los dos médicos que tanto figuraban en Egea! No podia ser así, por cierto. Los mismos paganos los denunciaron al prefecto Licias, y éste les mandó comparecer á su presencia: al instante se trabó la contienda, y comenzó á luchar la fe con el fraude, la piedad con el crimen, la humildad con el orgullo y la virtud con el vicio. Aquel ministro de la tiranía les amenaza con tono severo, que si no renuncian al Dios Crucificado, no habrá suplicio que no les haga sufrir. ¡Qué importa, si ellos desprecian todos los males de que quiere infundirles temor, con un valor sobrehumano! Desde que el Verbo Eterno se vistió de nuestra naturaleza, Dios echó sobre sí las flaquezas de los hombres, y los hombres se han revestido de la fortaleza de Dios: poseidos estos varones constantes y esforzados, de la "caridad divina que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu

Santo," no dudarán un momento, tolerar los oprobios, los tormentos y la misma muerte.

Pasemos adelante y lo observareis todo cumplido perfectamente. "¿De dónde sois, les pregunta el impío prefecto? ¡qué oficio profesais! ¡cuál es vuestra familia?" Ellos le responden con estas y otras semejantes palabras: "Señor, los dos somos hermanos, naturales de Arabia, y cristianos como toda nuestra familia: somos caballeros, y médicos de profesion, incapaces de engañar á nadie: damos la salud á los enfermos más por la virtud de Jesucristo que por nuestra ciencia: á este Señor adoramos y no á los infames demonios llamados dioses del imperio: no les ofreceremos, como acostumbrais, la libra de incienso, las lágrimas del árbol de Arabia, las dos gotas de puro vino, y la sangre del buey viejo, que desea morir; sino que en justa oposicion á vuestros sacrificios, nos inmolarémos al Dios verdadero sobre el ara del martirio."

En vano intentas, ¡oh cruel! tocar el medio de las dulces promesas: ni éstas ni las amenazas serán capaces de debilitar la constancia de estos fuertes soldados: ellos sabrán convertir la pobreza en riqueza, el desprecio en gloria, y el largo suplicio en sumo deleite. En efecto, puestos los Santos en tortura la sufrieron sin padecer dolor alguno: atados de piés y manos y lanzados al mar, fueron desatadas sus ligaduras y sacados á salvo á la ribera por la infinita virtud de Dios, que dos veces rompió las cadenas de San Pedro, libertándolo de la prision: arrojados despues al fuego, quedaron tambien ilesos de sus llamas devoradoras, como los niños de Babilonia: crucifica-

dos, apedreados y asateados, sobrevivieron á todo milagrosamente. ¡Qué no se llegará á cumplir el deseo del tirano! Sí, van á morir, y con una muerte semejante á la del Bautista y de San Pablo: apenas, pues, se pronuncia la voz de que sean decapitados, cuando los bárbaros verdugos desenvainando el acero homicida descargan sobre sus cuellos un golpe mortal. ¡Ay Dios! ¡qué me sorprende! ¡qué miro! Por una parte se me representan los cuerpos amputados de su miembro mas principal, por otra las cabezas sin movimiento, sin vida, sin espíritu: de aquí y de allí corren arroyos de sangre caliente, pero que riegan aquella tierra que fructificará con la púrpura de los Mártires. ¡No os imagináis, ¡oh cristianos! dos frescas y esquisitas rosas, que cortadas con sacrilega mano, se presentan ante el altar del Señor en olor de suavidad! ¡Ah! ellas durarán perpetuamente sin marchitarse.

Bienaventurados sois, ¡oh guerreros generosos! que derramasteis vuestra sangre en defensa de la fe. Vosotros á quienes parece que la naturaleza no dividió de un mismo parto, tampoco la gracia separó de un mismo sacrificio: en él os habeis distinguido por un largo sufrimiento, y como sea el martirio el premio de la virtud, vuestros sudores y afanes apostólicos empleados por la conversion de los infieles, os dispusieron á gozar de una inmarcesible corona. Vosotros sois dos personajes, que semejantes á dos olivos floridos, se ven al lado del candelero misterioso: dos ungidos del Señor, que asisten de continuo ante el dominador de toda la tierra, segun la profecía de Zacarías. Recibid en hora buena los honores que os

debe la sociedad, y aceptad benignos el culto de la Iglesia. *Disciplina medici exaltabit caput illius, et in conspectu magnatorum collaudabitur.*

Aquí teneis, ¡oh profesores de medicina! dos ejemplares que copiar: asistid con cuidado á los enfermos y exhortadlos á que reciban los Sacramentos. No rehuséis el ejercicio de vuestra ciencia, y derramad favores á los pobres. Y nosotros todos los que hemos concurrido á esta grande festividad, aunque tengamos un estado y profesion diversa de San Cosme y San Damian, como que las virtudes son unas mismas, deberemos imitarlas.* Librémonos, sobre todo, de la peor enfermedad, que es el pecado, pidámosle á Dios su Gracia, y revestidos como nuestros Santos de Jesucristo, seremos felices en la tierra y en el cielo.

ASÍ SEA.

* Este discurso fué predicado en la Iglesia de los Santos Mártires y en un día de su festividad, hallándose presente el M. I. y V. Cabildo de la Santa Iglesia Catedral.